

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

La Calle en la Ciudad: Sugerencias Teóricas para una Investigación Antropológica.

Rodrigo Herrera Ojeda.

Cita:

Rodrigo Herrera Ojeda (2004). *La Calle en la Ciudad: Sugerencias Teóricas para una Investigación Antropológica*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/90>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/31h>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La Calle en la Ciudad: Sugerencias Teóricas para una Investigación Antropológica

Rodrigo Herrera Ojeda*

Resumen

Siguiendo la tenue línea de los estudios urbanos, el siguiente artículo se propone la consideración de las calles en tanto espacios públicos que expresan aquella socialidad hecha de relaciones interactivas que se caracterizan por su no perdurabilidad y circunstancialidad. Ámbitos comunicativos por excelencia, relacionales e interactivos, los espacios públicos como las calles nos remiten a un nivel básico de socialidad altamente ritualizado en torno al valor de lo efímero y lo microscópico, resultando escenarios complejos de expresiones sociales atractivas y estimulantes para el quehacer etnográfico. En relación a ello, se sugiere la posibilidad de acercarse a la investigación antropológica a un ámbito de micro-relaciones y sociedades en tránsito que se constituyen y deshacen siguiendo lógicas de circunstancialidad y transitoriedad, no por ello significando aquello que estos contextos resultan simplemente in-significantes.

Entrada

El siguiente artículo pretende dar a conocer, aunque en términos gruesos aún, un experimento antropológico. Resulta ser el planteamiento de una problemática de investigación de carácter experimental, pero, eso sí, acogiendo a las directrices teóricas más clásicas de la disciplina. Porque a fin de cuentas lo que se pretende es presentar la calle como lugar antropológico; la calle como objeto de estudio susceptible de ser interpelado por la antropología, en base a las herramientas y técnicas que la misma disciplina ha establecido como propias desde sus inicios. La calle, una calle, cualquier calle, en tanto emplazamiento de socialidades de gran complejidad, escenario abierto a las más curiosas manifestaciones del mundo social, incluso quizá punto de referencia de la conformación de un determinado tipo de socialidad de nivel básico, primario (no quisiéramos decir "primitivo").

Ciertamente que bien hace al caso una aclaración previa no menor: el siguiente artículo responde a una investigación en curso que se está realizando en Europa, en

dos calles ubicadas específicamente en la ciudad de Barcelona. Remite, por ello, a una experiencialidad de la vida moderna relativa a la constitución de la vida social de aquel mundo. Y sabemos, cuando menos, que la conformación de los distintos ámbitos que competen a la constitución de aquella vida social, difieren en cierta medida de la realidad latinoamericana, sudamericana, tercer mundista, o como quiera llamársele. De alguna manera, se hace necesario constatar de entrada, para evitar sobreinterpretaciones erráticas, que en aquel mundo societal, el que acoge a ciertas naciones de gran poderío económico e influencias sociales y culturales diversas, la existencia de un llamado "orden de lo público" no es puesto en cuestión actualmente, ni se prevé que lo sea en breve. Es más, se asume que aquella vida moderna, ligada entre otras cosas a la concentración de la población en las llamadas metrópolis –con todo lo significa en tanto volumen, densidad y heterogeneidad del tejido social resultante–, entre otras cosas, implica necesariamente el desarrollo de una esfera de la vida social ligada al dominio de "lo público". Y cualquier intento de desestabilización de la originalidad de aquel ámbito, en gran medida estaría apuntando a un intento de desestabilización de un sistema de vida globalmente concebido.

No quisiéramos tampoco extendernos demasiado en los alcances y consecuencias de la conformación de este espacio simbólico dentro del orbe de las distintas sociedades, ni de sus posibilidades en uno y otro lugar del planeta. Sólo accederemos por ahora a consentir de que la conquista de este ámbito social en gran medida implica igualmente todo un trabajo acerca del cómo percibir y convivir con la diferencia, o diversidad cultural, además de sugerir que efectivamente el uso de la palabra "conquista" está de lo más bien empleada para el caso, dado el carácter de construcción cotidiana que conlleva la concepción y vivencia de la experiencia pública. Más aún, hemos de convenir que presentado así se reivindica su elaboración no fortuita ni casual, sino como resul-

* Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Concepción. Dirección: rherrerao@udec.cl

tado de una particular elaboración de las relaciones sociales en su conjunto, y de ciertas en particular, que determinadas sociedades parecen haber llevado a cabo en su devenir. Estamos, de alguna manera entonces, en el seno de la discusión acerca de los alcances del proyecto de la modernidad, pero no para realizar un análisis crítico sobre ella, sino que antes bien con el objeto de aportar en la definición de sus alcances, a través de la interpelación antropológica a un ámbito surgido de sus propias entrañas, que bien puede ser que escenifique todas las promesas y contradicciones que posiblemente aquella alguna vez ha ofrecido.

Lo público y la calle

El ámbito de lo público se define diferencialmente del privado. Decimos diferencial para seguir una sugerencia de I. Joseph (1981), quien antes que proponer oposiciones tajantes, busca distinguir entre dos niveles de reafirmación positiva de una sociabilidad humana que está en permanente oscilación. En este sentido, el ámbito de la vida pública en el mundo moderno no se definiría exclusivamente por su necesidad de reafirmar una esfera de relaciones opuesta respecto al desarrollo de la vida íntima, sino que en base a determinadas cualidades sociales que se reivindican en determinados tiempo-espacios de articulación del tejido social de posiblemente cualquier sociedad moderna. La discusión público-privado no se problematiza entonces en términos de modelos de oposición, sino que antes bien en relación a modelos situacionales y el conjunto de prácticas sociales que en virtud de tal o cual modelo tienden a reafirmar o interrumpir una determinada lógica interaccional. La vivencia de lo público con ello no es que esté circunscrita y remitida a escenarios sociales específicos que la contienen y le dan vida, sino que se remite antes a modelos de comportamiento situacionales que en cualquier momento, y bajo diversas circunstancias, pueden implementarse o verse alterados por la intromisión desajustada. Más que en términos físicos entonces, lo que importa es como se define socialmente un espacio-tiempo determinado, especificado de tal o cual manera a partir de las pautas y códigos de relaciones sociales que se lleven a cabo.

Lo público, en este sentido, podría apreciarse como un modelo interaccional que se levanta en defensa de la amenaza que puede significar el deseo de fraternizar. Toda la formalización de la sociabilidad en estos casos está supeditada a la radical visibilidad y mutua accesibilidad de todos los que lo deseen. Pero por lo mismo,

los modos de comportamiento intentan asegurar que unos no vayan a caer sobre otros a través del mutuo reconocimiento, la identificación plena y prescriptiva o invasión física. Frente a la inevitabilidad de la exposición y plena disponibilidad de cada uno de los involucrados en la escena pública, lo que se pretende explicitar más bien son los deseos de mantener la distancia social, para lo cual se reivindica el principio de reserva, se defienden ciertos grados de anonimato y se prioriza la impersonalidad de los vínculos sociales a establecer. Se define así un acontecer donde primaría una acción no intrusiva, no tendiente a definir una posible comunidad de encuentro e intereses comunes entre individuos que se han congregado en busca de los demás y donde todos querrán conocerse y compartir. Antes bien, el devenir está supeditado a las lógicas de lo que llamaríamos la civilidad, a los juegos de observancia de la distancia social que problematiza y complejiza la cercanía física. Es lo que ocurre en los diarios trayectos en el metro, en el entrar y salir de gentes en ciertos cafés y bares, en la cola para entrar al cine o en la misma calle. Todos emplazamientos que se definen como espacios públicos y en donde las relaciones sociales se articulan en base a mínimos, formas de vinculación casi imperceptibles que se instaurarán como la antesala misma del conocimiento y reconocimientos mutuos.

No es necesariamente que en la conformación de la experiencia de los espacios públicos se anulen las diferencias, o no se respete la diversidad social existente, en aras de una homogeneidad tranquilizadora. Antes bien, frente a la evidencia de gran diversidad que expone la radical visibilidad, el mundo público se asume como un particular tiempo-espacio social que llama a sus virtuales participantes a reivindicar un particular derecho a la indiferencia, a que no se le apunte con el dedo a nadie, ni se diga quien es quien de forma definitiva e ineludible. La diferencia si está presente como circunstancia inevitable de todo devenir sociocultural que acoge a varias personas, pero no es la prioridad en torno a la cual se articulan las relaciones, ni tampoco el rango a partir del cual se establecerán jerarquías y valoraciones. Antes que ellas se establezcan en ciertos escenarios hay que aceptar las meras presencias, la contingencia de la contingüidad con desconocidos a los que no se desea conocer ni reconocer en su especificidad. Por eso decimos que la sociabilidad de los espacios públicos es entre seres que *están*, antes que entre seres que *son*. Allí todos están en condiciones de igualdad sin ser necesariamente iguales, y todos habrán de respetar similares convenciones sociales más allá de ser quienes sean o

digan ser. De lo contrario, el dominio de lo público perderá sus cualidades constituyentes y se replegará sobre sí mismo, abandonando la posibilidad de constituir un espacio-tiempo diferencial.

Dos extremos dibujan entonces los límites de esta esfera de relaciones. Por una parte, el evitamiento de la confraternidad a través de la reafirmación de la conveniencia de la distancia social que unos y otros procurarán en mantener a través de un particular desarrollo del sentido de cooperación. Y por otra, la condición de que nadie reclame atención exclusiva sobre sí mismo o busque imponer sus propias creencias o valores a los demás presentes, ya sea a través de una privatización de las condiciones de uso del espacio o de una exigencia a identificarse que algún individuo imponga sobre otro u otros. Entremedio de estos dos polos se circunscribe este mundo de relaciones sociales que se construyen a partir de la reivindicación de la validez de la reserva, el anonimato y la impersonalidad en tanto instrumentos de socialización que nos remiten a un espacio de "lo común", tal y como nos lo señalaba H. Arendt (Arendt 1998). Y un lugar concreto de expresión de estas cualidades de lo público ciertamente que lo constituye la calle de una ciudad. Una calle cualquiera, cualquier calle en su dimensión de espacio público. Allí por donde circulan permanentemente un sinfín de individuos que la mayor parte del tiempo en que están ahí no son más que la expresión de sus rostros y sus gestos corporales, posiblemente también un cúmulo de palabras que todas reunidas conforman un murmullo incesante. Corporalidades todas que están continuamente entrecruzándose en un ir y venir fluido, de marcados tintes coreográficos, y que además no reivindican nada más que mantenerse en su condición de transeúntes.

Somos conscientes en todo caso que el ámbito de lo público logra concretarse, a veces efímeramente también, en otros diversos espacios o tiempos de la vida urbana moderna, y no únicamente en la calle. De hecho, una de las máximas expresiones urbanísticas ilustrativas de lo que serían los espacios públicos la constituyen las plazas de las ciudades. Lugares abiertos a la plena accesibilidad de quien quiera concurrir a ellas, las plazas urbanas modernas vienen a constituir una suerte de gran recurso urbanístico donde concurrirán los ciudadanos a recrear la vista, abandonados cada uno a su condición de usuarios de un espacio pensado y proyectado para entregarse a la contemplación de los vecinos, los de siempre, en su calidad de niños, adolescentes, jóvenes, adultos o ancianos. De esta manera, las plazas representan la imagen de un espacio público ideal pensado

previamente. Por eso mismo, quizá debamos mirar no sin un cierto recelo su condición de "publicidad". En las plazas lo que concurre posiblemente es lo que el orden social ya ha estructurado, lo que ya formaría parte del ideal de la comunidad de vecinos respectiva, lo que ya la comunidad urbana ha permitido que tenga existencia y sea posible poner en circulación. Las plazas vienen a ser así en la actualidad el verdadero salvavidas de los planificadores urbanos, esos grandes aliados de la administración de las ciudades, quienes diseñan los espacios urbanos en función de mantener ciertos criterios de orden y claridad social en directa coordinación con la referida administración. En concordancia con ello, planifican y construyen esos espacios abiertos al público, pero que en definitiva ya resultan ser demasiado funcionales a los intereses de la administración urbana, por tanto vienen a constituir espacios públicos donde concurren únicamente aquellas identidades que han sido legitimadas políticamente y a las cuales se les permite circular en base a estar claramente delineadas y definidas.

La calle, o en su defecto los paseos peatonales, podríamos decir que son más que eso, si aceptamos leerlos como H. Lefebvre (1969), en tanto espacios que están siempre más allá de las posibilidades de lo estructurable y de los intentos estructurantes de los administradores de la ciudad. Las calles se definen como emplazamientos urbanos siempre disponibles, abiertos a un uso diversificado, aunque también negociado. Pero, por sobre todo, las calles se instauran como lugares de paso, espacios de y en movimiento, entregados a la circulación permanente y, por ello, a un desarrollo continuo antes que a una institucionalización precisa (Ellis 1981). Aquí, en todo caso, deberíamos sugerir una relación: el que las calles se puedan abrir como espacios públicos entregados a la plena disponibilidad de quien quiera entrar o salir de ella en gran parte lo podemos atribuir precisamente al hecho de que esté entregada a la movilidad, dificultando con ello las posibilidades de que alguien se arrogue derechos o potestades sobre ella. La calle entonces, antes que un lugar territorial definido, es una especie de no-lugar antropológico que nos remite a una simultaneidad de usos y funciones, juegos y luchas, posibilidades de aparecer. Siguiendo al mismo Lefebvre (1972), todos los elementos de la vida urbana inmovilizados en otros lugares por una ordenación fija y redundante, vienen a liberarse a partir de su confluencia en la calle, conformando un desorden vivo, que informa y sorprende a la vez a quien concurra a ella, en lo que es

la configuración de un espacio social de contactos e intercambios particulares.

Sociedades de paso

Podríamos decir que lo único que tiende a permanecer en un espacio como la calle es aquella condena que parece imponer a sus usuarios que indica que allí será muy difícil que algo se conserve imperecederamente, porque efectivamente allí todo esta únicamente de paso. Toda participación en el diseño simbólico de la calle está cruzada por la circunstancialidad, reduciendo las posibilidades de uso a la mera contingencia, incluso en las reuniones y aglomeramientos que en ocasiones propone. Por eso es que a pesar de que en principio es un lugar abierto a todas las posibilidades por sus cualidades expositivas, más bien acaba por ser un escenario de expresión de nada más que rutinas y mundanidades. Y es que, en efecto, la calle en tanto espacio público es un mundo social circunscrito a las condiciones de la superficialidad que le da forma. Allí, la sociabilidad, precariamente establecida en base principalmente a gestos, miradas o palabras al vuelo, es una sociabilidad de superficie, en donde lo más profundo es la piel de los transeúntes. Debido a ello, lo que logra visibilizarse no son más que formalidades, expresiones que nos hablan del desarrollo de todo un lenguaje verbal y no verbal de circunstancia, plenamente acorde con el contexto de movilidad permanente.

Se puede decir lo mismo, pero de otra manera: en la calle sólo es real lo que ha sido exteriorizado. Y esta constatación nos lleva a otra: en este espacio público mandan las apariencias, *lo que puede ser*, sin que importe demasiado si aquello es realmente lo que dice ser. Es que en este ámbito de relaciones la máscara y el disimulo son fundamentales, verdaderos instrumentos de socialización que resguardan la reserva, el anonimato y la impersonalidad de los vínculos establecidos, o por establecer. Más aún, la treta y el engaño, en tanto formalizaciones de un *como si*, se sitúan también como herramientas que permitirán defender la distancia social, mantener las ocultaciones y secretos en su justa medida, amén de que no puedan interferir en la normalidad de lo cotidiano.

En este sentido, la condición superficial de la socialidad de la calle en su dimensión de espacio público no es sinónimo de vacío o poco interesante. Es antes una cualidad derivada de una realidad problematizada. La vigencia de sus propiedades pasa por una complejización de lo usualmente es dado por descontado, una elabora-

ción que sitúa a la cotidianeidad más allá de las espontaneidades y casualidades, y sitúa al mundo de las apariencias como una construcción social tan significativa como cualquier otra. Es una dimensión del proceso de la vida social, y una esfera que se caracteriza por una suerte de vitalidad contenida, por tomar las palabras de Joseph (1988), en el sentido de que se define como un mundo donde en principio todo es posible, pero en el que por lo general ocurre lo previsible, lo que se suponía habría de pasar. Y es precisamente en este suceder de lo obvio donde se encierra su complejidad. La modernidad bajo estas circunstancias, en sus mismos escenarios predilectos que son las ciudades, parece ofrecer nos una realidad a ras de suelo en la que, a pesar de su nerviosidad, tiende a acontecer sólo lo apropiado. Pero no porque lo extra-ordinario no alcance a suceder, sino que posiblemente porque lo "extra" no alcanza a cristalizar. Todo está sometido a los mandamientos de la fugacidad de lo rutinario, de una contingencia gris que en su constante alteración aleja a las extravagancias. Aparentemente entonces, la mundanidad no se define por sus bajas dosis de significatividad social, sino que más bien porque su superficialidad introduce el predominio de la ambigüedad y de lo efímero, en donde nada ni nadie es del todo legible para su vecino, instaurando una lógica de compromisos precarios y parciales sujetos a la permanente tensión entre el acuerdo y la incomprensión. He ahí las claves de la opacidad de la vida pública que nos señala Delgado (1999): crea una mundanidad que opera a través de una simbología mínima que define contextos predominantemente transitorios.

Y es que, en definitiva, la sociabilidad que se constituye mayormente en el espacio público la calle es en base a intercambios comunicativos –todo un conjunto de pequeños gestos, miradas y poses– que no buscan trascender, sino que promover la constitución de *sociedades de paso*, compuestas exclusivamente por *individualidades en tránsito*. Así entonces, las identidades allí no pueden hacer otra cosa que fragmentarse, las personalidades reducirse a papeles segmentados, los conocimientos volverse circunstanciales, episódicos. Todo vínculo es más bien fugaz, precario, condenado a diluirse en medio de una masa que se desplaza, se mueve, cual rizoma. Insertos en estos contextos, los individuos asumen la necesidad de adaptarse a una idea de estructuración de lo social en el que lo predominante será la muchedumbre, esa curiosa reunión de extraños que concentra a un conjunto de individuos momentáneamente unos al lado de los otros en un espacio potencial abierto. Y, en última instancia, será este mismo carácter

superficial el que nos proponga el interés de interrogarlo, en tanto expresión social cobijada y articulada en base a una organización social debilitada, como señalaba Goffman (1979), pero asociativa a su manera al fin y al cabo. Una sociabilidad hecha toda ella de fachadas únicamente, máscaras, apariencias que pueden llamar al engaño, de tretas para convencer y desaparecer, que acabarían por conformar una sociedad conformada exclusivamente por gente de paso.

Alcances de una liminalidad ritual

Por ello, no nos equivoquemos: las sociedades de paso no son entidades vacías o entregadas al devenir de la naturaleza. Antes constituyen escenarios de lo que el mismo Goffman denominaba un conjunto de signos exteriores de orientación y desenvolvimiento que crean, y responden también, a determinados modelos de interacción (1970). Ahí hay una sociedad creándose a sí misma, que aún no se estructura definitivamente, porque está constantemente *estructurándose* (Delgado 1999). Las formalizaciones entonces están entregadas a un proceso, no acaban por fijarse, constituir estados. Pero al mismo tiempo, en aquella condición precaria, frágil, estará su convencionalidad; posiblemente su carácter ritual, en tanto revelamiento del aspecto comunicativo de la acción humana, como lo sugería Leach (2000). Y, siguiendo en este caso a Maïsonneuve (1991), los rituales de interacción cotidiana, susceptibles de ser la materia prima constitutiva de los espacios públicos, prescriben —o proscriben— un conjunto de comportamientos, verbales y corporales, que giran en torno al valor simbólico que cobra en estos ámbitos la categoría “persona”, propia o ajena. En relación a ello, el orden ritual está fundamentalmente orientado hacia la adaptación de cada uno, el miramiento recíproco, antes que a los posibles acuerdos íntimos. La ausencia de la condición adaptativa implica un quiebre, y la restitución del marco de urbanidad no atañe tanto al carácter justo de la reparación como a la facultad de restituir aquello que se había perdido: la compostura.

Siguiendo esta pista del carácter ritual de los espacios públicos como la calle, también podemos pensar en ellos como instancias de liminalidad, espacios sociales que se constituyen a partir de situarse *entre*, lo uno y lo otro, el punto de partida y el destino de llegada; entremedio de lo ya institucionalizado, lo ya definido. Es ahí donde, en términos de V. Turner (1988), toma cuerpo y forma la *communitas*, aquel modelo de sociabilidad que pertenece al ahora, a lo inmediato, y que está más allá de la

estructura, pero que sólo puede entenderse relacionado a ella, al tiempo que es crucial para el funcionamiento de la misma. Momento en y fuera de la estructura social, no puede constituir más que una fase, una condición socialmente pasajera, pero que con toda aquella fugacidad igual evidencia el reconocimiento de un vínculo social generalizado, la existencia de una reciprocidad inmediata y limitada.

La *communitas* de Turner nos habla de la existencia de vida social más allá de la estructura social. Es lo que se configura en los intersticios de lo institucionalizado, lo que surge en los intervalos de los desempeños de posiciones y status sociales ya conformados y reconocibles. En este sentido, implica una expansión de los sistemas de clasificación que normalmente establecen las situaciones y posiciones en el espacio cultural. La *communitas* pone en acción otro juego normativo, uno propio de sujetos igualados en su indefinición y ambigüedad, que expresan sus atributos por medio de una amplia variedad de símbolos en un contexto que se define como altamente ritualizado, por tanto, simbólicamente prescrito. Y es que de ello depende que se alcance un equilibrio social en una instancia en que no hay propiedades previas que ordenen y propongan una cierta estabilidad.

En última instancia, sin duda estamos frente a un objeto singular: de tan visible que es, se nos olvida que es pura experiencialidad, sociabilidad pura. Espacio-tiempo residual, para muchos potencialmente anómico, cargado de insignificancias, donde por principio nada trasciende, igual hemos de reconocer sus particularidades, en la medida en que éstas reflejan las particularidades de la cultura que las acoge y escenifica. Por eso la sugerencia apunta a poder desarrollar una antropología que de cuenta de la existencia de este universo microsocioal, este mundo que apenas despunta por sobre el proceso de la vida social. Y que mejor para acercarse a este micromundo que la observación detallada, minuciosa, asertiva, sobre aquello que se repliega hacia lo obvio, lo aparentemente natural. La observación participante, con el antropólogo devenido unidad corporal deambulando por la calle una y otra vez, resulta un instrumento privilegiado para acechar aquel ámbito de información. Pero asimismo, la observación no participante también se erige como una alternativa de apoyo, en la medida en que una observación desde afuera y adentro a la vez permiten complementar el material de recopilación. O, en su defecto, una observación flotante (Petonnet 1982), disponible por sobre todas las cosas, en la medida en que no fija su atención sobre nada en particular estipulado a priori,

sino que se deja flotar inquiriendo posibles articulaciones referenciales, puntos de convergencia, expresiones que devienen referencias de regulaciones que delatan la densidad propia de un mundo de superficies.

¿En que se detiene, en definitiva, la observación flotante? En la explicitación de las *formalidades* que dirimen el orden de lo público, ese verdadero campo social que articula hábitos siguiendo una racionalidad práctica que nos indican el predominio del hacer por sobre el ser. Lo que observamos es la escenificación de un mundo objetivado en relación a los códigos de las llamadas “buenas maneras”. Aunque la complejidad está en que podemos sospechar que aquel orden está entregado a una lógica de los acontecimientos, por tanto, en gran medida supeditado a la autogestión de sus recursos y disponibilidades, lo que indica una frágil coordinación entre lo esperado y lo inesperado de su acontecer. Quizá por ello el refuerzo, la redundancia batesoniana, la doble impronta de las acciones prescritas, el carácter ritualizado de su devenir y, con ello, su condición mundana, forjadora de una vida social opaca, sin luces, demasiado normal, demasiado común.

En este sentido, las calles en tanto espacios públicos vienen a constituir verdaderos nichos ecológicos, una particular *forma*, que acogen a esta particular representación de sociabilidades contenidas. Y su percepción como escenarios de desplazamientos continuos, movi- lidades incesantes, igualmente nos sugiere la fugacidad de las relaciones establecidas y la fragilidad de los acuerdos alcanzados. Por eso en la calle aparentemente miramos poco, pero controlamos tanto al mismo tiempo. Más o menos siempre creemos que tenemos dominada la situación; la de ahora, después la siguiente, y así sucesivamente, hasta que llegamos a nuestro destino. En gran medida, la continua interpelación de otros rostros y otras miradas nos obliga a ello continuamente. La muchedumbre nos impone un ritmo, pero es ella misma también la que nos recoge, acoge y otorga tranquilidad delineándonos escenas plagadas de obviedades. Allí, entregados al funcionamiento de lo obvio, únicamente actuamos en tanto *formalizantes* de códigos ya estipulados de antemano.

El resultado desde una perspectiva amplia o general de esta realidad entregada al acaecer de la vida social ciertamente que es una muchedumbre que figura una suerte de magma inorgánico que varía sus límites y fronteras a cada momento, sin orden aparente alguno, entregado a la oscilación permanente de sus formas en perpetua agitación. Pero esta discontinuidad viene a reflejar también lo que podríamos reconocer como un “orden de

discontinuidades” que refleja una alternativa a la nada o a lo ya prefigurado con anterioridad. Lo que la masa crea es todo aquello que se articula a un nivel microsocia- l y a expensas de la inevitabilidad del proceso de comunicación humana, señalado en su momento por G. Bateson (1984). Incluso en aquellos aspectos que están más allá de la conciencia y, por ello, de la explícita voluntad de cada uno de transmitir determinado mensaje. No es posible no comunicar, nos indicaron hace ya tiempo los teóricos de la comunicación (Watzlawick, Jackson, Helmick 1995). Por tanto, puede ser perfectamente viable abocarnos a ciertos aspectos de la conducta humana que aparentan no tener mayor amplitud socializadora, que no logran estructurarse solidamente, ni institucionalizarse definitivamente.

Siguiendo estos términos, podemos señalar la importancia que puede tener para el funcionamiento del mundo público de la calle una cierta entropía social, un discurrir de un conjunto de elementos mezclándose, conjuntándose y separándose en medio de una general impredecibilidad y aleatoriedad de los elementos. Porque, en efecto, los movimientos de cada unidad vehicular, cada cuerpo inserto en la muchedumbre, no es que estén coordinados de antemano, sino que más bien al entrar al espacio público callejero se ven en la necesidad de estar constantemente coordinándose, aunque sea mínimamente. Y ello fragmentariamente, volviendo a rehacer frente a cada nuevo encuentro, cada nueva aparición, los vínculos imprescindibles que tan poca duración habrán de tener. Y es que en el transitar por un espacio público como la calle no puede pasar otra cosa que no sea el constante desanudar relaciones que apenas han alcanzado a esbozarse, la sucesiva y continua disgregación de las unidades que habían comenzado a sumarse y congregarse alrededor de nadie sabe que centro nuclear que podría articularlos definitivamente.

Esta claro que mediante esta dinámica de funcionamiento, la energía no se acumula, solamente se disipa. Y, debido a ello, no hay grandes explosiones en un terreno en principio totalmente expuesto a las salidas de tono, los quiebres que detonan grandes convulsiones y generadores de reacciones en cadena que nadie sabe donde pueden acabar. Al contrario, en ese espacio potencial abundan las buenas maneras, las instancias de restitución de un orden social rápidamente propuesto por los transeúntes frente a cada nueva indefinición, la readecuación hasta llegar a extremos insospechados de los mismos participantes, con tal de no encender todas las alarmas alrededor de sí mismos, o simplemente opera el mecanismo de la salida, el abandono de la

situación para seguidamente entrar a otra partiendo casi desde cero. De hecho, he aquí la confirmación de un dato básico que reafirma la existencia de una lógica de las apariencias detrás de todo aquello que podría no ser más que una muchedumbre que circula, una masa amorfa de la que no resulta nada más que su permanente agitación. El orden público funda una determinada lógica de la interacción, y se supedita a ella, en la medida en que su labor será la encargada de evitar lo que sería aquel mundo sin ella: la ausencia de lo social, la anomia durkheimiana perpetuizada, o en su defecto, la territorialización privatizadora que alguien o algunos se arrojarían como exhibición de existencia.

Estamos haciendo alusión entonces a un espacio que alude a tres niveles: uno físico, ligado a un cierta arquitectura de paisaje callejera; uno social, que nos remite a un espacio social en permanente construcción; y uno de índole comunicativa, que nos propone un formato relacional que delimita patrones y pautas de comportamiento que se siguen en el mundo de la calle. Estos tres niveles juntos nos conducen a la esfera de lo público, a su posibilidad de constituirse; señalando al mismo tiempo la posibilidad de existir de un ámbito de sociabilidades más bien residual, que remite a todo lo que está *entre*, en los intersticios de la estructura social global, y que pervive a costa de que todo allí sólo este en tránsito.

Y la manera de interrogarlo será la de hacer corresponder la trilogía espacio físico-social-cultural con las categorías analíticas de *formas-formalizantes-formalizaciones* (Chelkoff 2001). Determinados dispositivos arquitectónicos que alojan individualidades que momentáneamente no son más que sus respectivos cuerpos y gestualizaciones, y que dan lugar a particulares dramaturgias que densifican aquel acaecer en que se ha convertido la sociedad por unos instantes. Estamos haciendo alusión entonces a un espacio social que se define prioritariamente por la inexistencia de lo pre-establecido más allá de las condiciones físicas, y la precariedad de lo que sólo logra establecerse efímeramente, en tanto realidad significativa entregada, quizá como ningún otro ámbito, al proceso de la vida social. En este sentido, es en el carácter representacional de todo lo dado por existente en donde está contenida toda su vigencia y afán de perpetuarse hasta donde pueda. Los individuos ingresan a este campo social entregándose a las exigencias de la inmediatez, viendo dramáticamente reducidos sus intereses trascendentes o personales, y obligados a hacer –representar– sobre la marcha. Eso significa en la práctica señalar constantemente el paso, responder a las miradas inquisitivas de los demás, inte-

rogar a través de la misma, gesticular tenuemente, girar levemente los hombros; marcar presencia física en definitiva a través del único recurso válido en estas instancias: el cuerpo.

He ahí entonces nuestro objeto de interés último. Porque no nos interesan los individuos aislados, o contándonos su pasado y perspectivas de futuro. Más nos importa su condición de seres corporales insertos en un ambiente en el que sólo existen en tanto son algo a nivel de superficie y se adaptan a los “efectos del medio”, por seguir las palabras de Joseph (1981). Como lo señala también Goffman, no nos importan los hombres y sus momentos, sino que antes los momentos y sus hombres (1970). De acuerdo a esta perspectiva, la clave no está en las personalidades, sino en las adaptaciones conductuales que se exteriorizan para confirmar un determinado orden social que no tiene mayor profundidad, aunque si una gran dosis de densidad. Por tanto, no nos detenemos en el análisis de seres individuales, sino que en la observancia de relaciones que se tejen y deshílanan sin cesar de acuerdo exclusivamente a las circunstancias. Porque, en definitiva, nos interesan las formas de vinculación antes que quienes se vinculan, el modelo de interacción en ejercicio antes que los contenidos de la interacción específica. Buscamos develar antes las reglas del juego que se tejen para conformar un tejido social residual, antes que las señales de identificación de los elementos que participan en ese mundo. Y son los materiales que se desprenden de las interacciones, por más leves que sean, quienes se distancian y reniegan abiertamente de los aspectos psicológicos que aludirían a identidades personales. Los sujetos sociales, fielmente delineados en otros ámbitos de la vida social, en los espacios públicos se diluyen en restos segmentados, bloques de comportamientos que remiten a esquemas situacionales, recursos estrictamente formales que evitan el vacío de socialidad, la nada social.

Bibliografía

- ARENDET, HANNA. La condición humana. Seix Barral, Barcelona, 1974 (1958).
- BATESON, G; RUESCH, J. Comunicación. La matriz social de la psiquiatría. Paidós, Barcelona, 1984.
- CHELKOFF, GREGOIRE. “Formes, formants et formalités. Catégories d’analyse de l’ environnement urbain”. En: Grosjean, M; Thibaud, J.P. L’ espace urbain en méthodes. Parenthèses, Marseille, 2001.
- DELGADO, MANUEL. El animal público. Anagrama, Barcelona, 1999.

- ELLIS, WILLIAM. "La estructura espacial de las calles". En: Calles. Problemas de estructura y diseño. Gustavo Gili, Barcelona, 1981 (1978).
- GOFFMAN, ERVING. Ritual de la interacción. Tiempo contemporáneo, Buenos Aires, 1970 (1967).
- _____. Relaciones en público. Alianza, Madrid, 1979 (1971).
- JOSEPH ISAAC. "Éléments pour l'analyse de l'expérience de la vie publique". En: Espaces et sociétés, N° 38-39, Julio-Diciembre 1981, pp. 57-76.
- _____. El transeúnte y el espacio urbano. Gedisa, Barcelona, 1988.
- LEACH, EDMUND. The essential Edmund Leach. Yale University Press, London, 2000.
- LEFEBVRE, H. El derecho a la ciudad. Península, Barcelona, 1969 (1968).
- _____. La revolución urbana. Alianza, Madrid, 1972 (1970).
- _____. De lo rural a lo urbano. Península, Barcelona, 1975 (1971).
- LEVITAS, GLORIA. "Antropología y sociología de las calles". En: Calles. Problemas de estructura y diseño. Anderson, S (ed.), Gustavo Gili, Barcelona, 1981 (1978).
- LOFLAND, LYN. The public realm. Aldine De Gruyter, Neva York, 1998.
- MAISONNEUVE, JEAN. Ritos religiosos y civiles. Herder, Barcelona, 1991 (1988).
- PETONNET, COLETTE. "L'observation flottante. L'exemple d'un cimetière parisien". En: L'Homme, N°22, pp. 34-47.
- TURNER, VICTOR. El proceso ritual. Taurus, Madrid, 1988 (1969).
- WATZLAWICK, P.; BEAVIN, J; JACKSON, D. Teoría de la comunicación humana. Herder, Barcelona, 1995 (1967).

Márgenes y Ceremonial: Los Pobladores y las Políticas de Vivienda Social en Chile¹

Francisca Márquez B.*

Resumen

El artículo analiza, a partir de un estudio de caso, la relación que un grupo de pobladores de Santiago establece con el Estado una vez recibidas sus viviendas sociales. El artículo plantea la tesis que el descontento con sus nuevas viviendas dice relación no sólo con su calidad y tamaño, sino también con los términos sobre los cuales se construye finalmente su integración en la sociedad. La ausencia de ceremonial, de gestos, de símbolos que a modo de *ritos de pasaje* celebren, aglutinen y acompañen sus logros de integración social, está también a la base de este descontento y la percepción de ser aún habitantes de los márgenes. Se concluye que el Estado, si bien ha mostrado importantes avances en términos de la integración funcional de los más pobres, ha descuidado su rol en la construcción del lazo social que vincule de manera activa a estos ciudadanos al conjunto de la sociedad.

Palabras Claves: Pobladores - políticas de viviendas - ceremonial - integración social

Presentación

En Chile, las políticas habitacionales de los años noventa lograron resolver el déficit de vivienda que se acreaba de las décadas anteriores; nunca se había construido más vivienda social en toda su historia. Y sin embargo, desde diversos estudios, se advierte del descontento de estos nuevos pobladores. A pesar de sus nuevas viviendas, muchos de ellos aspiran a volver a sus viejos ranchos y campamentos; la nostalgia por ese modo de vida persiste.

Este artículo² aborda la realidad de estos pobladores de la ciudad de Santiago y su relación con el Estado a través de las políticas de vivienda social. Mediante un breve relato etnográfico, se profundiza en la percepción de aquellos que, gracias a su esfuerzo y a los subsidios, lograron acceder al "sueño de la casa propia". El artículo

*Universidad Academia Humanismo Cristiano, fmarquez@academia.cl

Francisca Márquez B. es antropóloga y doctora en sociología en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Durante los últimos diez años se ha dedicado a la investigación cualitativa en temáticas vinculadas a la pobreza urbana, exclusión social y políticas sociales. Ha escrito innumerables artículos sobre pobreza y es coautora del libro "La desigualdad en Chile: Testimonios de fin de siglo", Ed. SUR, Santiago, Octubre 2000. Actualmente se desempeña como docente de la escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano e integra el directorio de la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza, Chile.